

va que en fin convienen ya los ministros en que la Iglesia es visible, y que es perpétuamente visible el ministerio eclesiástico.

»Pero de aquí nace otra grande cuestion: ¿En donde estaba antes de la reforma ese ministerio público y visible, en que se hallaban los verdaderos fieles y la verdadera Iglesia? Para responder cayeron los protestantes en nuevas contradicciones, y en ridículas sentencias; pero en fin, se vieron precisados á decir que la verdadera Iglesia y los verdaderos fieles estaban en el ministerio latino ó romano; y despues de haberse metido en varios laberintos inexplicables, les fué preciso abrir la puerta del cielo, aunque á costas de muchas dificultades, á los que antes y despues de la reforma viven en la comunión de la Iglesia romana: bien que el mismo privilegio concedan á todas las iglesias ó sectas del cristianismo, por mas que estén divididas entre sí, y que se excomulguen fuertemente unas á otras. De manera que el último recurso del partido protestante ha sido hacer á la Iglesia ó al reino de Jesucristo un reino semejante al de Satanás, un reino dividido en sí mismo, y por consiguiente pronto á ser destruido, y á que sus casas caigan la una sobre la otra.»

»Refiere el autor la historia y los progresos de esta opinion, observando las variaciones é inconsecuencias en que han caído los protestantes despues de haber adoptado este error: del cual se sigue que pueden tambien salvarse los socinianos, por mas que sus asambleas blasfemen contra la divinidad de Jesucristo. «Como de un abismo es fácil caer en otro, han caído los protestantes en estos abominables excesos, para salir de otros en que antes se habian sumergido. Cayó la reforma desde el principio en el exceso de separarse no solo de la Iglesia en que habia recibido el bautismo, sino tambien de todas las iglesias cristianas. Instada despues de responder en donde estaba la Iglesia antes de los reformadores, no era posible atinar la respuesta, y la iniquidad se desmentia á sí misma. Y en fin, abandonadas las demas respuestas, creyó salirse de la dificultad, diciendo que la sucesion visible de la doctrina y de los pastores no debia buscarse en las sociedades particulares, sino en el conjunto de las comuniones que componen el cristianismo, griegos, abisinios, armenios y latinios, y que esta sucesion es la que basta. Tal es el último recurso de los protestantes. Ninguna

herejía hay. ni ha habido jamas, que considerando solo en las iglesias antecedentes la comun profesion del cristianismo, no pruebe su sucesion tan bien como los protestantes prueban la suya; de manera que, para dar á su iglesia una sucesion y perpetuidad siempre visibles, ha sido preciso hacer la misma gracia á las sociedades mas nuevas y mas impías.»

»Examina despues Bossuet la doctrina de los protestantes sobre la infalibilidad de la Iglesia, en la que halla tambien grandes variaciones, inconsecuencias y opiniones absurdas. «Si la Iglesia, dice, es visible, y siempre visible por la confesion de la verdad: si Jesucristo prometió que lo será eternamente: es mas claro que el día que en ningun momento es lícito apartarse de la doctrina de la Iglesia, lo que es decir que ella es infalible. La consecuencia es muy clara, porque apartarse de la doctrina de quien enseña siempre la verdad, seria claramente manifestarse enemigo de la verdad misma. Para eludir los protestantes la fuerza de este argumento, han inventado la distincion de las verdades fundamentales y no fundamentales, y la de substracciones y adiciones; y dicen, que Jesucristo ha prometido que la Iglesia jamas abandonará las verdades fundamentales, como los misterios de la Encarnacion y de la Trinidad; pero podrá ser que niegue ó quite otras verdades no fundamentales, y que añada varios errores. Para disipar estas nubes, prosigue el autor, basta preguntar á los ministros protestantes, ¿quien les ha enseñado de restringir las promesas de Jesucristo? ¿El que puede impedir la *substraccion* de unas verdades, no podrá impedir la *adicion* de los errores? ¿De donde sacan esa certeza de que la predicacion será mas pura, y el ministerio mas privilegiada de parte de la *substraccion* que de parte de la *adicion*? Aquella palabra: *Yo estoy con vosotros*, denota una proteccion universal de aquellos con quienes Jesucristo enseña. Si la duracion del ministerio exterior y visible es obra humana, igualmente podrá faltar por ambos lados. Si Jesucristo en cumplimiento de sus promesas lo sostiene, al modo que estamos seguros de que jamas reinará en la Iglesia la *substraccion* de verdad importante, lo debemos estar tambien de que tampoco reinará jamas la *adicion* del error.»

»Prosigue impugnando estas nuevas invenciones de los protestantes, y descubriendo varios defectes de su doctrina, de que colije

«que la infalibilidad de la Iglesia en cuanto á los dogmas no tiene límites; pues ningun límite puso Jesucristo á la promesa de estar con su Iglesia: ni dió su Santo Espíritu para enseñar alguna verdad, sino para enseñar *toda verdad*. Lo que en esta parte hace titubear á los protestantes, añade, es que no tienen otra fé que la humana y vacilante. Mas el católico, cuya fé es divina y firme, dice sin recelo: Si el Espíritu Santo prometió á la Iglesia universal una asistencia ilimitada contra los errores, luego contra todos; y si contra todos, luego siempre: y todas las veces que se halle en algun cierto tiempo alguna doctrina establecida en toda la Iglesia católica, seria grande error creer que aquella doctrina es nueva.» Por último, compara Bossuet la inconstancia de los protestantes, aún sobre su dogma principal, que es la necesidad de la Escritura, y en una de sus mas alabadas iglesias, cual es la de Strasburgo, con la constancia y gravedad de la Iglesia católica en todos los decretos que ha pronunciado en materias de fé sobre los mismos artículos, en que ha sido mayor la inconstancia de los reformados, y principalmente sobre la Eucaristía y la justificación.

«En fin, concluye resumiendo todo lo dicho en este libro, de que saca tres consecuencias: Primera. «Ya no hay ahora cosa alguna que pueda impedir á los protestantes de someterse á la Iglesia. El refugio de la Iglesia invisible ya está abandonado. Ya llegan á confesar los ministros que la autoridad de la Iglesia universal es la regla mas segura para decidir las verdades mas importantes de la religion. Ya no puede negarse que si se hubiese seguido esta regla, si se hubiese interpretado la Escritura segun la entiende la Iglesia universal, jamás se hubiera dudado de la divinidad de Jesucristo, de la inmortalidad del alma, de la eternidad de las penas, etc., verdades tan ciertas y tan comunes entre los cristianos, que no era posible pensar que se llegase á dudar de ellas; y con todo son ahora impugnadas con discursos artificiosos, que sorprenden á muchos espíritus débiles. No hay duda que la autoridad de la Iglesia universal es un remedio infalible contra tanto desórden. La autoridad de la Iglesia, lejos de ser, como antes se decia en la reforma, un medio de introducir entre los cristianos las doctrinas que se quiera, es al contrario un medio seguro para contener el desfreno de los entendimientos, y para impedir que no se abuse de la

sublimidad de la Escritura con tanto peligro de la salvacion de las almas.»

«Segunda: Las comuniones separadas ya deben venir sin reparo á buscar la vida eterna en el seno de la Iglesia romana; pues ya no se niega que es el verdadero pueblo de Dios, y que en ella se hallan los verdaderos escogidos. Es verdad que confesando los ministros que es posible salvarse en la Iglesia romana, añaden que es sumamente difícil por causa de sus impiedades é idolatrías. Pero es fácil distinguir en lo que dicen los ministros, lo que el ódio y el espíritu de partido les hace añadir á lo que la fuerza de la verdad los obliga á confesar. Si la Iglesia romana hiciese profesion de impiedad é idolatría, no seria posible salvarse en ella, ni antes de la reforma, ni despues; y si antes y despues es posible salvarse, claro está que la acusacion de impiedad é idolatría es indigna, y una mera calumnia.»

«Tercera: Ya no es posible librar á los reformados del cargo de que son del número de aquellos que *se separan ellos mismos, y que hacen secta aparte* contra el precepto de los apóstoles. Los calvinistas en su mismo catecismo dicen: *Fuera de la Iglesia no hay mas que condenacion y muerte; porque todos los que se separan de la comunidad de los fieles, para hacer secta aparte, no deben esperar la salvacion mientras que están divididos*. Es un hecho constante y notorio que las iglesias que se llaman reformadas, cuando renunciaron la comunión de la Iglesia romana no hallaron sobre la tierra ninguna iglesia á la cual se uniesen. Luego hicieron *secta aparte*: separándose de la comunidad de los cristianos y de la Iglesia universal.» Repite en resumen Bossuet los absurdos con que se ha pretendido responder á este argumento, y observa que todos vienen á parar en el grande delirio de que la Iglesia católica, de que se habla en el símbolo, es un monton de sectas divididas entre sí que se anatematizan unas á otras: de modo que el carácter que Jesucristo dió al reino de Satanás, le dan los protestantes al reino de Jesucristo. «Segun la doctrina del Señor, el reino de Satanás está en sí mismo dividido, y por esto se arruinará. Al contrario, segun la promesa de Jesucristo, la Iglesia que es su reino, edificada sobre la piedra, sobre la misma confesion de fé, y sobre el mismo gobierno eclesiástico, está perfectamente unida. De donde se

sigue que es indestructible, y que las puertas del infierno jamas prevalecerán contra ella: esto es, la division que es el principio de la debilidad, y el carácter del infierno, nunca prevalecerá contra la unidad que es el principio de la fortaleza, y el carácter de la Iglesia.

» Aquel Señor, que tiene en su mano los corazones, y que es el único que conoce los limites que ha señalado á las sectas rebeldes, y á las aficciones de su Iglesia, se digne reunir cuanto antes á todos los hijos extraviados, y hacer que tengamos el gozo de ver con nuestros ojos, que el Israel infelizmente dividido se reune con Judá bajo una misma cabeza.»

VI.

Tres pontífices pasaron rápidamente por la Silla de San Pedro, despues de la muerte del gran Sixto V, antes de que tocase á su término el siglo XVI y comenzara el que se conoce bajo la denominacion de siglo de Luis XIV. Así, pues siguiendo un orden rigurosamente cronológico deberiase hablar ahora de los indicados papas; mas como tambien habriase de interrumpir muy luego la narracion para dar cuenta de los principales sucesos del reinado del hijo de Luis XIII y Ana de Austria, sucesos cuyo conocimiento es necesario para comprender mejor la obra de los Vicarios de Cristo en aquel tiempo, parece mas oportuno consignar aquellos aquí, para poder luego, con todo desembarazo, reanudar sin miedo á interrupciones, las biografías de los pontífices.

El siglo décimoseptimo es la época del poder absoluto en la monarquía francesa y de su preponderancia sobre toda la Europa, debidos aquel y esta á la política de Richelieu y a la de Luis XIV. Tras las primeras oscilaciones de un reinado que comienza por una regencia, la debilidad de una reina ambiciosa y el ascendiente de un favorito entregan la Francia á toda clase de intrigas; vuelven á retoñar las divergencias religiosas, y los Estados generales no osan sacar al reino de la division y angustia en que ha caido. Mas pronto sucedió al italiano Concini y al duque de Luynes el cardenal Richelieu. El indolente Luis XIII abandona el poder que apenas habia recibido: el rey desaparece á la sombra del ministro,

y Richelieu puede proseguir sin obstáculo la realizacion de sus grandiosos planes, á saber: el abatimiento de la casa de Austria, la sumision de los protestantes, y la ruina del poder feudal de la nobleza. Los nobles y los protestantes hacen generalmente causa comun para sustentar su poder amenazado; y en medio de las guerras extranjeras, la Francia tiene dentro de sí misma enemigos que no sueltan las armas; mas la conquista de la Rochela destruyó todas las esperanzas de la república protestante ya organizada. El suplicio de Chalais, de Marillac, de Montmorency y de Cinq-Mars, muestra á los grandes que sus carteles de nobleza no los salvarán de las penas impuestas á la traicion y á revuelta, y al mismo tiempo el ministro poniendo en juego ya las negociaciones ya las armas, subleva á los hereges de Alemania, mueve á los suecos contra los austríacos, arma á la Holanda y apoya á Portugal contra la España. La espada de la Francia se halla dispuesta á descargar golpes memorables, cuando Mazarino sucede á Richelieu, y con la conclusion del tratado de Westfalia da cima á los deseos de su predecesor reduciendo la Alemania á la impotencia.

El célebre reinado de Luis XIV comienza con victorias brillantes, que hacen á la Francia árbitra del destino de la Europa entera, y no obstante este reinado que habia de ser el triunfo de la monarquía absoluta, empieza por un período de disturbios y anarquía. Los ahogos de la Hacienda mal administrada por Mazarino son el origen del descontento: fórmase contra el ministerio la poderosa faccion de los Frondeurs sostenidos por la España, pónense á su cabeza los señores mas ilustres entre ellos Turena y luego el mismo Condé, hasta que Turena vuelto á su deber, termina la guerra con la célebre batalla de las Dunas á la que siguió la paz de los Pirineos con los españoles. Este tratado que daba la mano de María Teresa á Luis XIV y muchas plazas importantes á la Francia, es la última obra notable del ministerio de Mazarino.

La guerra de treinta años fué la postrera y la mas terrible de las grandes luchas á mano armada entre el catolicismo y el protestantismo en Europa. Los gérmenes de division que la paz de Augsburgo dejó entre protestantes y católicos habian brotado con lentitud, pero sin tregua, durante la segunda mitad del siglo décimosesto, período de engrandecimiento para la reforma que fué cre-